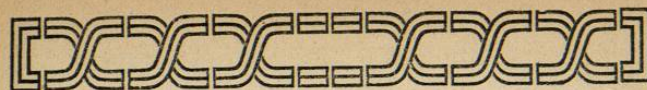


encima. Y la Condesa todavía le prepara otros obsequios tan contundentes... El asunto del divorcio le dará el golpe de gracia.

Otros añadieron: Y la extremaunción.

El triste presagio fué también publicado en el mismo periódico sin que éste recibiera por ello la menor rectificación.



### XXX

#### Quien tiene prisa va despacio.

AHORA que ya estamos más tranquilas conviene tomar una resolución, decía un día Ida á la Condesa.

—¿Qué quieres decir con eso?

La licencia de tres meses y otro mes más, que usted obtuvo para mí por medios prodigiosos, llega á su término; mi recurso ante el Consejo de Estado duerme el sueño de los justos en las oficinas, pues los Consejeros están en vacaciones; pero como mi reclamación no tiene efecto suspensivo contra el traslado no me queda otro recurso que hacer maletas para las otras islas, es decir, andar á recorrer el mar, que es sinónimo de ir á galeras.

—Nadie te obliga á emprender ese viaje.

—Pero eso equivaldría á abandonar el servicio del Estado.

—Acaso sería un bien para ti y para nosotras lo mismo.

—¿Habla en serio la señora Condesa?

Esta sonrió tranquilamente, diciendo:

—Tú eres la que debe decidir sobre esto... Todo el mundo puede hacer de su capa un sayo, como dice el refrán. En cuanto á mi manera de pensar, ya la conoces.

—Me parece que debo resignarme á partir—añadió Ida inclinando la cabeza y poniéndose seria.

—Entendámonos. No quiero repetirme una vez más lo que



ya te he dicho. En mi casa estás como en la tuya. Tú no tienes necesidad de la *Alianza*, pero la *Alianza* te necesita y se siente satisfecha de tus preciosos servicios. El cargo de secretaria general es tuyo, y la presidencia, como el Consejo, no podríamos encontrar persona que lo desempeñara mejor. Por lo tanto, si renuncias al empleo del Gobierno y permaneces con nosotras, la ganancia es nuestra y tú no pierdes nada; la *Alianza* te asegura una posición estable hasta la muerte. Ahora, si prefieres permanecer al servicio del Gobierno claro es que expirado el término de tu licencia, mientras esté pendiente el recurso del Consejo de Estado, debes apresurarte á ir á Cagliari y á estar en este punto hasta que, ó por decisión de éste ó por otras razones, no te sea posible salir de allí. Aunque ausente, en el segundo caso, continuarás siendo de las nuestras y el puesto de secretaria general no sería ocupado por otra más que interinamente... Piensa sobre ello, resuelve y... Dios te ilumine.

A estas palabras Ida bajó los ojos, apretó las pestañas como para esconder las lágrimas que pugnaban por salir, se cubrió de un ligero rubor, titubeó un poco y por fin dijo con acento incierto y perplejo:

—Y si decido renunciar al servicio telegráfico aprovechando su generosa maternidad hacia esta pobre huérfana, permaneciendo al servicio de la *Alianza*, ¿no me olvido de un principio que usted me ha enseñado tantas veces con el ejemplo y con las palabras, hasta en el caso particular que debo resolver ahora?

—¡Bravo!—exclamó riendo la Condesa. Me has colocado entre la espada y la pared. Sí, no hay duda; yo te he aconsejado muchas veces luchar hasta el último extremo contra el Gobierno y defender tus derechos por todos los medios legales. Por eso te he sugerido hasta el recurso al Consejo de Estado, exhortándote, contra mis propios intereses, á luchar contra nuestros enemigos. De tales consejos no me arrepien-

to ni me desdigo en este instante. Solamente que, debiendo ahora hacer en nuevo sacrificio, esto es, ir á Cerdeña, he querido dejarte en libertad de adoptar una resolución por ti misma.

—Pero si yo renunciase al empleo y permaneciere aquí, ¿no le parece á usted que la Schwitzer, la Fioroni y compañía, moverían mucho ruido y tratarían de sacar partido de mi resolución, considerándola como una victoria de la *Liga* contra la *Alianza*?

—No digo que no... pero, ¿qué me importan las murmuraciones de esas gentes?

—Y si yo parto, ¿no harán otro tanto con mayor razón? ¿No se alabarán de haber apuntado contra la *Alianza*, haciéndome ir al destierro?

—Yo creo que permanecerán calladas como muertas para no atraerse lo odiosidad del público. Pero todo esto importa poco. Las palabras son palabras y se las lleva el aire... Lo que importa pensar es, si negándote á ir á Cerdeña perderás el destino, ó si podrán mudar en favor tuyo las circunstancias, con la caída del Ministerio, por ejemplo. En tal caso, por no haber sabido esperar arma al brazo, se habría perdido la ocasión de una bella victoria moral.

Por lo tanto, para dar tiempo al tiempo, conviene que partas, pues nada se pierde con ello toda vez que nada se aventura para el porvenir, porque siempre tendrás ocasión de decir adiós al Gobierno y de recobrar tu libertad. Luego estamos en el caso de repetir: el que desee hacer pronto una cosa, hágala despacio. Además—añadió sonriendo—estamos en la buena estación y un viaje por mar, es un viaje de placer. Ya sabes todo lo que siento—replicó acariciándola graciosamente.

—No insista usted más, señora Condesa—dijo Ida cogiendo la mano y llevándosela á sus labios;—su delicadeza es extraordinaria y me siento humillada. Ya sabía lo reservada que usted es en dar consejos, pero quería conocer sus sentimientos más



recónditos. Ahora que ya los conozco—añadió sonriendo—estoy bien tranquila y hasta contenta y decidida en marchar á Cerdeña.

Se calló un momento y después continuó con aire malicioso:

—Pero antes de partir quiero medir la espada con una colega mía.

—¿De Telégrafos?

—No, de la *Liga*.

—¿Y la llamas colega?

—Sí, porque ambas somos secretarias. Ella de la *Liga* y yo de la *Alianza*.

—¿La Fioroni? Es una famosa adversaria. Ya ha hecho frente á otras famosas espadachinas, más valerosas y diestras que tú. Dios te la depare buena.

—¿Y por eso he de emprender la huida? Sé que no es bello huir delante del enemigo. Además, pienso que vale más caer de la ventana que desde el tejado.

—¿Quieres huir el cuerpo? ¿Y el honor?

—Con las gentes de la *La Liga* ya lo he perdido. La Fioroni me lo ha dicho muchas veces y aún me lo repite hoy en el cartel de desafío que acaba de dirigirme. He aquí el documento:

Era una carta, á la cual acompañaba la Fiorini el manifiesto de la *Liga* é invitaba á Ida á que expusiese sus opiniones. Previendo que éstas serían contrarias al voto político de la mujer y á la aplicación de la *Liga*, le ofrecía el mejor medio para combatirlo eficazmente y hacer propaganda de sus ideas, esto es, de medirse con ella en una reunión de controversia. Declaraba que este era un reto personal, y le dejaba la elección de tiempo y lugar del combate, poniéndose entretanto á su disposición para las condiciones de él, expresando además su deseo de que para mayor publicidad, la discusión se verificase en un teatro con entrada libre. Por último concluía recordándole, que si el reto no fuese aceptado ó si tratase de eludirlo con

subterfugios hipócritas, el asunto se haría público á fin de que «el cobarde sea execrado de todos.»

—¡Diantre! observó la Condesa después de volver á hojear la carta. Esta vez tu colega te ha puesto en un verdadero compromiso... ¡Cómo vas á salir de él!

—Con la fuga á Cerdeña. Y aun cuando permaneciese aquí no me dignaría contestar á semejantes bravatas. A palabras necias, oídos sordos.

—Se ve claro que se encuentran en peligro de ahogarse cuando gritan de tal modo. ¡Por lo visto no bastaba el desafío oficial de la *Liga* á la *Alianza*, cuando han juzgado necesario dirigirte otro á ti. Qué gente más extraña. No piensan más que en hacer ruido. Ahora añaden á la comedia la farsa.

—Si la cosa fuese un poco seria y si se pudiera discutir con libertad, yo sería la primera...

—¡Ni pensarlo! No hay que caer en la red. Por ahora dejémoslas que chillen y se desgañiten á su antojo... No basta armar estrépito para vencer.

—Yo voy á hacer mis preparativos de viaje.

—De ida y vuelta.

—¿Supone usted que estaré poco tiempo en Cerdeña?

—Me lo dice el corazón.

—¡Ah! El corazón no tiene ojos...

—Por eso no ve; pero siente... ¿No crees en los presentimientos maternos?

A estas palabras, pronunciadas con infinita dulzura, Ida estuvo á punto de lanzarse á su cuello; pero se contuvo y ruborizándose como una chiquilla, cogida en falta, respondió conmovida:

—¿Que si creo en ellos? Hasta creo que después de haber perdido á mi excelente madre, he encontrado otra á quien debo una segunda vida. Por eso iré á Cerdeña, estaré allí, volveré y haré todo lo que usted disponga, contenta de no vivir más



que para realizar su voluntad y para demostrarle mi filial reconocimiento.

Conmovida también la Condesa, no quiso dar rienda suelta á su sentimiento; por eso echó el asunto á broma diciéndola alegremente:

—Sí, desde ahora estamos unidas. Somos dos gotas de agua en el gran mar del moderno feminismo. No lo dudes; tú correrás la misma suerte que todas nosotras. Por eso mismo confío en que la estancia en Cerdeña no será larga.

—Bastaría una crisis del Gobierno, un buen achuchón en el Parlamento en el asunto del divorcio.

—Dios lo haga. Dentro de pocos días se abren las Cámaras. Entretanto atengámonos al proverbio italiano: «quien tiene prisa va despacio...» Luego prepárate para marchar y después... suceda lo que Dios quiera.

En este momento se oyó abrir la puerta y entró en la estancia, con el rostro encendido y conturbado, Giannina Maglioni, aquella joven cuya historia dolorosa hemos referido y á quien Ida había arrancado tan trágicamente de manos de las enemigas.

¿Cómo aparecía ahora en escena y por qué entraba con tal agitación?

Responder á estas dos preguntas es una deuda que tenemos con el lector y que queremos pagar á la vista.



### XXXI

#### El filtro mágico.

AQUELLO que la Condesa é Ida habían deducido por la simple relación de las desventuras de Giannina Maglioni, después de ser liberada, se vió confirmado por la actitud de ésta en los pocos meses pasados en el Buen Pastor; la naturaleza había otorgado á la joven una índole de oro, que bien cultivada, debía producir preciosos frutos.

De inteligencia pronta y viva, generosa de corazón, entera de carácter, recta y noble en sus sentimientos, firme y fiel á la voz del deber, no había caído en el abismo más que por la propia inexperiencia y por la satánica perfidia de la comadrona. Por esto, se podía esperar volver al apostolado del bien á una persona tan rica en dotes naturales, añadiéndose á sus buenas cualidades la experiencia del mal, amarga y terrible para ella, pero ventajosa para preservar á las otras de semejantes peligros.

Al salir del Buen Pastor, la Condesa la llevó á su casa, con inmenso júbilo de la joven, que se había creído deshonrada para siempre, y en vez de esto se encontraba rehabilitada. También experimentó gran satisfacción Ida que veía en ella su primera y su mejor conquista.

Propuesta al Consejo como auxiliar de la presidencia, una de



las señoras de la Junta, observó que siendo persona de fama dudosa, le parecía poco conforme con el decoro de la *Alianza* aceptarla entre los socios y menos admitirla al servicio inmediato de la presidencia.

Á lo cual contestó la Condesa que la observación en general era justísima, pero que había necesidad de hacer ciertas excepciones, añadiendo en defensa de su opinión estos argumentos:

—Nosotras, dijo, tenemos por norma de conducta el combatir los tristísimos efectos de la injusticia moderna, esto es, la *doble moral*, ideada por el egoísmo del hombre para seducir y engañar á la mujer lanzando sobre ella toda las consecuencias de la culpa. Por lo tanto, en este caso tratamos no sólo de prevenir los daños de tan indigna convención, sino de rehabilitar á las víctimas en todo lo posible. Aquí tenemos el caso de una joven que era una perla. Engañada de una manera infame, ha resistido y luchado con constancia hasta el último extremo... no pretendo determinar ni excusar la culpa. Pero el mundo que la ha traicionado, le ha impreso las huellas indelebles del deshonor y le cierra todo camino para rehabilitarse, pretendiendo excluirla de toda ocupación decente. ¿No equivale esto á ponerla en el amargo trance de caer nuevamente en el abismo de que pretende salir? ¿Deberá nuestra sociedad secundar tal injusticia? Yo digo que no y por eso mantengo mi proposición de admitirla á mi servicio.

Entre aquellas excelentes señoras se escuchó un murmullo de aprobación, acompañado de señales de asentimiento.

La Condesa continuó:

—Otra de las razones que me induce á proponerla al servicio de la presidencia, es la seguridad que tengo de que desempeñará las funciones de su cargo con gran inteligencia y con gran lealtad. La Maglioni es una joven de talento, de corazón, de carácter entero, á quien la desventura ha conferido dos nuevos beneficios para ella y para nosotras: la experiencia del mal y el

afecto á la *Alianza* que la ha salvado. Podemos fiarnos de ella á ojos cerrados.

Aquí la Condesa fué interrumpida por un coro de aprobación. Se oyó decir:

—Tiene razón la presidenta: ¡Su parecer es el nuestro!

Por votación unánime, Giannina Maglioni fué admitida en la *Alianza*.

Cuando le digeron á la joven que las doce consejeras habían votado en favor suyo, tuvo una alegría extraordinaria, y exclamó sollozando:

—Ahora sólo deseo dar la vida por mis bienhechoras. ¡Qué satisfacción tendría en morir por ellas!

—¡Quién sabe si no tendrás ocasión de hacerlo dijo sonriendo! Ida, que era la que le había dado la feliz nueva de su aceptación.

Pronto fué puesta al servicio de la presidenta. Esta no le dijo más que lo siguiente:

—Ojos abiertos y boca cerrada en casa y fuera de ella. ¿Has entendido?

—Ya verá la señora, replicó.

La Condesa se mostró muy satisfecha con Ida de la nueva servidora, diciendo:

—Hace ya mucho tiempo que buscaba una persona de confianza absoluta. Ahora ya la tengo. Cuando se navega en alta mar y por añadidura con tormenta, como nosotras, es conveniente estar rodeadas de personas leales. ¡Pobre joven! Tú la salvaste de la desesperación y de la infamia; acaso ella nos salve de cualquier peligro. De todos modos podemos estar satisfechas. Tenemos á nuestra disposición una persona que sabrá cumplir su oficio. Una sirvienta como ella vale un Perú para nosotras.

Desde el día en que Giannina entró á prestar sus servicios correspondió con exceso á las esperanzas de sus bienhechoras. En casa y fuera de ella, con toda clase de personas se mostraba



tan atenta, tan desenvuelta, tan perspicaz, que parecía haber nacido para desempeñar el humilde cargo que ocupaba. Con una mirada leía en el pensamiento de la Condesa y de Ida, apresurándose á secundar sus intenciones. En una palabra, era la persona de confianza de la presidenta...

Por eso al verla entrar tan conturbada, la Condesa se apresuró á preguntarla la causa de su inquietud. La Maglioni narró el caso extraño que le había ocurrido aquella misma mañana.

En el momento en que la joven se preparaba á salir de casa para realizar ciertos encargos, se le acercó de improviso un hombre, vestido con un largo balandrán gris, con barbas larguísimas y ojos negros como el carbón, y colocándose delante de ella le dijo:

—¿Es usted Giannina Manglioni?

Giannini se calló.

El desconocido continuó:

—He venido para decir á usted que la carta, dirigida á la Piumetti el día en que usted abandonó la casa de su bienhechora, no es más que una imitación del original. Éste, con la firma auténtica de usted, se encuentra en poder de aquellas que la recogieron de la calle y á quien usted corresponde permaneciendo en esta casa, donde se hace todo lo posible para arruinarlas. Pero carta canta. Basta con presentar á la autoridad el recibo de usted de 300 liras para que se vea obligada á volver al lugar de donde ha huído. ¿Quiere usted volver á la vida de antes?

Giannina seguía callada mientras miraba con atención al extraño personaje.

Éste añadió:

—Si eso no le conviene, no le queda á usted más que un medio de salvarse. Tome usted estos polvos y viértalos usted en cualquier bebida que tome la Piumetti; pero tenga usted cuidado de que ni ella ni ninguna otra persona sepa nunca nada. Es un

filtro mágico, completamente inofensivo, que no hace daño á quien lo toma, sino que le hace amar á las personas odias. Con eso su antigua ama de usted quiere captarse la simpatía de la señorita Piumetti y librarse de sus maleficios. Tome usted.

Ginnaina tomó maquinalmente en la mano la caja que le alargaba el desconocido, continuando sin decir una palabra. Éste siguió diciendo:

—Ten cuenta con lo que te digo. Si haces lo que acabo de decirte estás en salvo; de otro modo ¡ay de tí! verterás lágrimas de sangre.

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, desapareció rápidamente, dejando á Giannina atónita con la entrevista y sin saber el partido que había de tomar.

Al ruido del *tat tat* de un automóvil que se alejaba, la joven se estremeció, miró la cajita que tenía en la mano, se la puso en el bolsillo y salió de casa.

Mientras recorría las calles se torturaba el cerebro, para descubrir la explicación de aquel misterio y la manera de salir del compromiso sin daño para nadie. Pero cuanto más pensaba en ello, tanto más aumentaba su ansiedad. Además, el pensamiento de que sus perseguidores tuviesen en poder suyo el recibo de las 300 liras, y pudiesen servirse de él para perderla, le trastornaba el juicio.

Trató de tranquilizarse y de disimular su abatimiento; pero apenas vuelta á casa, no pudo contenerse más y corrió, como acabamos de ver, á dar parte de todo á la Condesa y á Ida, que en aquel momento estaban juntas.

Cuando hubo concluido su relato, fijó los ojos en ambas, para leer en ellos el efecto que les producía tan extraña aventura, pero sólo vió dos rostros serios, tranquilos y pensativos.

La Condesa fué la primera en decir:

—Aquí se trama alguna traición. Pero conviene andar des-



pacio para ganar la partida. ¿Tienes ahí la cajita que te ha entregado ese hombre misterioso?

Giannina sacó la caja del bolsillo y se la dió á la Condesa.

Ésta después de mirarla, añadió:

La haremos examinar. De fijo es un veneno lo que contiene.

—Pero dime, ¿no dijiste nada á ese canalla? ¿Por qué te callaste como una muerta?

Porque si hablaba, quizá no me hubiese dado la cajita y yo presumía que podría ser conveniente que estuviera en mi poder.

—¡Muy bien! ¿Y no observaste nada de particular en el desconocido?

—Sí, tenía una berruga en la muñeca derecha, precisamente bajo el botón del guante.

—¿Era delgado y de estatura media?—preguntó Ida con vivacidad.

—Sí, señora, así era.

—Es curioso, replicó Ida, y permaneció pensativa sin añadir una palabra más.

La Condesa, mirando la caja que tenía en la mano continuó:

—Por ahora nada hay que hacer. Primero analizaremos estos polvos. Entretanto, hija mía, puedes estar tranquila; nada tienes que temer.

—¿Pero si fuese verdad que tienen en su poder mi recibo...?

—¡Pueden servirse de él para hacer pajaritas! Ante todo, según la ley, por ningún débito nadie tiene derecho de disponer de la libertad del deudor. Además, ya están pagadas con exceso esas trescientas liras.

—Me disgusta, dijo Ida, no haber conservado esa obligación; pero la juzgaba inútil.

—Y lo es sin ningún género de duda. Demasiado saben nuestras enemigas que no pueden mezclar á la justicia en este asunto. Por eso mandaron á ese desconocido, confiando en

que asustada Giannina, te diese el brevaje, para acusarla después como envenenadora y mandarla á las galeras, matando de este modo dos pájaros de un tiro... Conque, tranquilicémonos y vivamos prevenidas por si acaso. No pongamos la carreta delante de los bueyes.

En aquel mismo día, el hecho fué denunciado á la policía. El análisis químico de los misteriosos polvos, reveló que contenían una enorme dosis de *curare*, capaz de matar en el acto al hombre más robusto. Se hicieron largas y minuciosas pesquisas para descubrir al desconocido, portador del veneno; pero todas ellas resultaron inútiles.

Interrogada la *comadrona*, manifestó que nada sabía, rechazando con horror é indignación la infame calumnia.

Faltando, por lo tanto, el fundamento para un procedimiento criminal, el asunto permaneció en suspenso y no fué llevado á la autoridad judicial.

Desde aquel día Giannina redobló sus esfuerzos para descubrir el complot infernal de donde había salido aquella tentativa de envenenamiento, pues el corazón le decía que se preparaban nuevas traiciones. Pero ella se juraba descubrir la conjura y burlar otras insidias, diciéndose en lo más íntimo de su pensamiento:

—Yo sacaré á la fiera de su guarida y haré pagar caro á la comadrona su delito.